

á todos, para que por culpa mía no las molesten. La culpa es toda mía, que las he acostumbrado á pisotearme. A mí me gustaba eso; y á nadie le importa, ni á la justicia humana ni á la divina. Si Dios las condenara por culpa mía, sería injusto. No he sabido mantener mi posición, y he cometido la necesidad de abdicar de mis derechos. ¡Me hubiera envilecido por ellas! ¡Qué quiere usted!... las mejores inclinaciones, las más bellas almas hubieran sucumbido á la corrupción de esa debilidad paternal. Soy un miserable, y justo es mi castigo. Sólo yo soy causa de los desórdenes de mis hijas: las he podrido. Hoy quieren placeres como querían dulces cuando eran pequeñas. Siempre les permití satisfacer sus caprichos de muchachas. ¡Figúrese que á los quince años ya tenían coche! Nada se las ha resistido. Sólo yo soy culpable, pero culpable por amor. Su voz me abría el corazón...

» Las oigo, vienen. ¡Oh! sí, vendrán. Ordena la ley que se vaya á ver al padre moribundo; la ley está de mi parte. Además, el venir sólo cuesta una carrera, y yo la pagaré. Escribales usted diciendo que tengo millones que dejarles. ¡Palabra de honor! Iré á Odessa á fabricar pastas de Italia. Conozco la fabricación, y con el proyecto que tengo ganaré millones. A nadie se le ha ocurrido. No se estropearán en el transporte como el trigo y la harina. ¡Eh! ¡eh! con el almidón se pueden ganar millones. De modo que no mentirá usted al hablarles de millones; y aunque vengan sólo por avaricia, no me importa; con tal que vengan, prefiero que me engañen... ¡Quiero que vengan mis hijas, las he engendrado yo; son mías! dijo incorporándose en

la cama y enseñando á Eugenio una cabeza cubierta de raros mechones de cabellos blancos, pero amenazadora á más no poder.

— Vamos, dijo Eugenio, acuéstese usted, querido papá Goriot, que voy á escribirles, y, si no vienen, iré á buscarlas en cuanto Bianchon esté de vuelta.

— ¡Si no vienen? repitió el viejo sollozando. ¡Pero entonces me habré muerto, muerto en un ataque de rabia! ¡La rabia me invade! En este momento veo mi vida entera. ¡He sido engañado! ¡No me quieren, nunca me han querido! A la vista está. Si no han venido, no vendrán ya. Cuanto más tarden, menos se decidirán á proporcionarme esa alegría. Las conozco. Nunca han sabido adivinar nada en mis penas, en mis dolores, en mis necesidades; y claro que no adivinarán mi muerte; ni siquiera saben cuánto las amo. Sí, ya lo veo, para ellas, la costumbre de registrarme las entrañas ha menospreciado cuanto hacia yo por ellas. Si se les hubiera antojado dejarme ciego, hubiérales yo dicho: « ¡Ahí tenéis mis ojos: arrancádmelos! » He sido demasiado necio. Creen ellas que todos los padres son como el suyo. Es preciso hacerse valer siempre. ¡Sus hijos me vengarán! Pero si ellas son las interesadas en venir á verme, porque de lo contrario, avíseselo usted, comprometen su propia agonía... ¡Cometen todos los crímenes en uno solo!... ¡Pero vaya usted en seguida, y dígales que no venir es incurrir en parricidio! Ya han cometido bastantes para que no tengan necesidad de añadir este otro á los anteriores. Grite usted como yo: « ¡Eh! Nasia. ¡Eh! Delfina, venid á ver á vuestro padre, que tan bueno ha sido para vos-

otras y que está padeciendo tanto. » Nada; ¡no viene nadie! ¿Habré de morir como un perro? Esta es la recompensa que tengo: el abandono. Son unas infames, unas malvadas; las abomino, las maldigo; me levantaré de noche de mi ataúd para volverlas á maldecir, porque, amigos míos, ¿tengo ó no tengo razón?... ¿No es verdad que se portan muy mal? ¿Pero qué es lo que digo? ¿No me advirtió usted que Delfina había venido?... Es la mejor de las dos; usted es hijo mío, Eugenio; pues bien, ámela usted; sea usted un padre para ella. La otra es muy desgraciada. ¡Y sus fortunas! ¡Ay! Dios mío, me muero. Sufro demasiado. Córteme usted la cabeza; déjeme sólo el corazón...

— Cristóbal, vaya usted á buscar á Bianchon, exclamó Eugenio, asustado del carácter que tomaban las quejas y gritos del viejo, y avise un coche para mí. Voy á buscar á sus hijas, querido papá Goriot, y las traeré conmigo.

— ¡Á la fuerza, á la fuerza! Pida usted auxilio á la guardia, al ejército, ¡á todos! ¡á todos! dijo dirigiendo á Eugenio la última mirada en que brilló la razón. Diga usted al gobierno, diga usted al fiscal, que me las traigan, que yo lo quiero...

— ¡Pero usted las ha maldecido!

— ¿Quién ha dicho eso? respondió el viejo estupefacto. ¡De sobra sabe usted que las amo y las adoro! Si las veo, me curo... Vamos, mi buen vecino, querido hijo mío, vamos; ¡usted es bueno! Quisiera pagarle lo que está haciendo, pero lo único que puedo darle es la bendición de un moribundo. ¡Ah! quisiera ver á Delfina por lo menos para decirle que le recom-

pensara á usted en mi nombre. Si la otra no puede, al menos tráigamela á ella. Le quiere á usted tanto que vendrá. ¡Agua! me arden las entrañas. Póngame usted algo en la cabeza. La mano de una de mis hijas me salvaría... me lo dice el corazón. ¡Dios mío! ¿quién reconstituirá su fortuna si yo muero? Quiero ir á Odessa por ellas, á Odessa á hacer pastas.

— Beba usted esto, dijo Eugenio ayudando al moribundo con el brazo izquierdo á incorporarse, mientras con la mano derecha sostenía una taza llena de tisana.

— Seguro estoy de que usted quiere á su padre y á su madre, dijo el anciano estrechando entre sus desfallecidas manos la mano de Eugenio. ¿Comprende usted que voy á morir sin verlas, á mis hijas? ¡Tener constantemente sed, y no beber nunca! así he vivido yo durante diez años. Mis dos yernos han muerto á mis hijas. Sí, ya no tengo hijas desde que se casaron. ¡Padres, pedid á las Cámaras una ley sobre el matrimonio, y mejor aún, y si queréis á vuestras hijas, no las caséis! El yerno es un malvado, que todo lo corrompe y mancha en una joven. ¡Suprimase el matrimonio! Él es el que nos arrebató á nuestras hijas, y así no están á nuestro lado cuando nos morimos. Hágase una ley acerca de la muerte de los padres. ¡Esto es espantoso! Venganza. Mis yernos les prohíben venir... Matadlos... ¡Muera Restaud! ¡Muera el alsaciano! Esos son mis asesinos... ¡Mis hijas ó la muerte! ¡Ah! esto se acaba; ¡muero sin ellas!... ¡sin ellas!... ¡Nasia, Finita, vamos, venid! Vuestro papá se va...

— Cállese, mi buen papá Goriot; vamos, tranquilícese; no se agite usted, no se caliente la cabeza.

— No verlas, ¡qué agonía!

— Va usted á verlas.

— ¿De veras? gritó el ya extraviado anciano.

— ¡Ah! verlas; ¡voy á verlas, á oír su voz! Moriré feliz. Pues bien; sí, no quiero seguir viviendo; estaba ya harto de la vida, pues iban en aumento mis penas. Pero verlas, tocar sus vestidos, ¡ah! nada más que sus vestidos... es poco, pero que sienta yo algo de ellas. Hágame usted que toque su cabello... bello...

Cayó su cabeza sobre la almohada como si recibiera un mazazo. Agitábanse sus manos sobre la manta para coger los cabellos de sus hijas.

— ¡Las bendigo! exclamó, haciendo un esfuerzo... bendigo...

Y quedó inmóvil completamente. En este instante entró Bianchon.

— He encontrado á Cristóbal, dijo; ahora te traerá el coche.

Después miró al enfermo, le alzó los párpados, y ambos estudiantes viéronle los ojos vidriosos y sin vida.

— No creo que salga de ésta, dijo Bianchon.

Tomóle el pulso, tocóle el pecho y le puso la mano sobre el corazón.

— La máquina sigue marchando, lo que, dada su situación, es una desgracia; más le valiera morir.

— De veras que sí, dijo Rastignac.

— Pero ¿á ti, qué te ocurre? Estás pálido como un muerto.

— Amigo mío, acabo de oír gritos y quejas... ¡Hay Dios! Sí; hay un Dios que ha creado para nosotros otro mundo mejor, ó este de la tierra es un disparate. Si no fuera tan trágico lo que acabo de presenciar, me desharía en lágrimas, pero tengo el corazón y el estómago como en un torno.

— Dime, ¿y dinero? Porque van á ser precisas muchas cosas...

Rastignac sacó el reloj.

— Toma, llévale en seguida á empeñar. No quiero detenerme en el camino; tengo miedo de perder un minuto, y espero á Cristóbal. No me queda un céntimo, y á la vuelta habrá que pagar el coche.

Precipitóse Rastignac por la escalera y marchó á casa de la señora de Restaud, calle de Helder. Durante el camino, su imaginación, herida por el horrible espectáculo que había presenciado, exacerbó su indignación.

Cuando llegó á la antesala y preguntó por la condesa, dijéronle que no estaba visible.

— Pero, dijo al ayuda de cámara, vengo de parte de su padre, que se está muriendo.

— Señor, tenemos las órdenes más severas del señor conde.

— Si está el señor de Restaud, dígame el estado en que se halla su suegro, y prevéngale de que necesito verle en el acto.

Eugenio tuvo que esperar un buen rato.

« Tal vez en este mismo instante se está muriendo », pensaba.

Introdujole el ayuda de cámara en el primer salón,

en el que el conde de Restaud recibió al estudiante de pie, sin indicarle que se sentara, y delante de una chimenea sin lumbre.

— Señor conde, díjole Rastignac, su señor padre político expira en este momento en un cuchitril infecto, sin un céntimo siquiera para leña; se halla agonizando, y quiere ver á su hija...

— Caballero, respondió friamente el conde de Restaud, ha podido usted notar que siento muy poco cariño por el señor Goriot. Ha comprometido su dignidad con la señora de Restaud; ha sido causa de que mi vida sea desgraciada; veo en él al enemigo de mi reposo. Ya muera, ya viva, todo cuanto á él atañe me es indiferente. Tales son mis sentimientos para con él. Puede el mundo censurarme: desprecio la opinión. Reclaman en este momento toda mi atención asuntos algo más importantes que el ocuparme de lo que de mí pensarán necios ó indiferentes. En cuanto á mi mujer, no se halla en estado de salir... ni yo quiero que salga. Diga usted á su padre que luego que haya cumplido Anastasia los deberes que para conmigo y mi hijo tiene, irá á verle. Si quiere realmente á su padre, dentro de breves instantes podrá quedar en libertad.

— Señor conde, no es de mi incumbencia juzgar la conducta de usted; es usted dueño de su mujer; pero, ¿me permite usted contar con su lealtad? Pues bien, prométame solamente decir á la señora de Restaud que su padre no tiene ni un día de vida, y que la ha maldecido ya al no verla á su lado...

— Dígaselo usted mismo, replicó el señor de Res-

taud, sorprendido por el tono de indignación que advirtió en las palabras de Eugenio.

Entró Rastignac, guiado por el conde, en el salón en que solía estar la condesa; encontró á ésta bañada en lágrimas y tendida en una poltrona como si se hallara dispuesta á morir. Daba compasión. Antes de fijarse en Rastignac, dirigió á su marido timidas miradas que revelaban una postración completa de sus fuerzas esclavizadas por una tiranía moral y física. El conde movió la cabeza, con lo que Anastasia se creyó autorizada para hablar.

— Caballero, lo he oído todo. Diga usted á mi padre que, si conociera la situación en que me encuentro, me perdonaría... No contaba con este suplicio, que agota mis fuerzas, caballero... Pero resistiré hasta el fin, dijo á su marido. Soy madre. « ¡Diga usted á mi padre que no puede tener queja de mí, á pesar de las apariencias! » gritó con desesperación al estudiante.

Saludó Eugenio á ambos esposos, adivinando la horrible crisis que abrumaba á aquella mujer, y se retiró estupefacto. El tono del señor de Restaud le hizo ver lo inútil del paso que acababa de dar, y comprendió que Anastasia no era libre. Corrió á casa de Delfina, hallándola en la cama.

— Estoy enferma, mi pobre amigo, le dijo. Me he resfriado al salir del baile, y temo haber cogido una pulmonía. Espero al médico.

— Aunque tuviese usted la muerte en los labios, le dijo Eugenio interrumpiéndola, tiene usted que arrastrarse hasta la cabecera de su padre. La llama á usted,

y si usted oyera uno solo de sus gritos, de seguro no se sentiría enferma.

— Quizá no esté mi padre tan enfermo como usted dice, Eugenio; pero sentiría en el alma aparecer culpable ante usted, y haré lo que usted quiera. Sé muy bien que, si á causa de esta salida cayera yo enferma de muerte, se moriría él de pena. Sin embargo, en cuanto me vea el médico, iré... ¡Ah! ¿por qué no lleva usted el reloj? dijo al advertir la falta de la cadena.

Eugenio se sonrojó.

— ¡Eugenio, Eugenio! Si lo hubiera usted vendido ya... ó perdido... estaría muy mal hecho.

Inclinóse el estudiante sobre el lecho de Delfina y le dijo al oído :

— ¿Quiere usted saberlo? ¡Pues bien, sépalo! Su padre de usted no tiene ni con qué comprar la sábana en que le amortajarán esta noche. He empeñado el reloj, porque no tenía otra cosa.

Saltó de repente Delfina de su lecho, corrió á su cómoda, sacó de ella una bolsa, y la tendió á Rastignac. Tiró de la campanilla y exclamó :

— Voy allá, voy allá, Eugenio. Deje usted que me vista; ¡si no fuera, sería un monstruo! Vaya usted; yo llegaré antes... Teresa, gritó á su doncella, diga usted al señor de Nucingen que suba en seguida á hablar conmigo.

Eugenio, contentísimo por poder anunciar al moribundo la presencia de una de sus hijas, llegó casi contento á la calle Neuve-Sainte-Geneviève.

Sacó la bolsa para pagar inmediatamente al cochero. Todo el dinero de aquella mujer tan rica reducíase á

setenta francos. Llegado que hubo al último piso, halló á Goriot sujetado por Bianchon, y operado por el cirujano del hospital, bajo la inspección del médico. Quemábanle la espalda con cauterios, último remedio de la ciencia, remedio inútil.

— ¿Los siente usted? preguntó el médico.

Goriot, que había visto al estudiante, respondió :

— Vienen, ¿verdad?

— Aun puede salir adelante, habla, dijo el cirujano.

— Sí, dijo Eugenio; ahora viene Delfina.

— ¡Vaya! exclamó Bianchon; hablaba de sus hijas á las que llama á voces, como pide agua, según dicen, un hombre empalado.

— Basta, dijo el médico al cirujano. Nada nos queda que hacer; no podemos salvarle.

Bianchon y el cirujano colocaron al moribundo boca abajo en su infecto camastro.

— Sería menester, sin embargo, mudarle de ropa blanca, dijo el médico. Si bien no tengo esperanza alguna, hay que respetar en él á la naturaleza humana. Volveré, Bianchon, dijo al estudiante. Si continúa quejándose, póngale opio sobre el diafragma.

El cirujano y el médico salieron.

— ¡Vamos, Eugenio! ¡valor, amigo mío! dijo Bianchon á Rastignac luego que estuvieron solos; se trata de ponerle una camisa limpia y cambiarle las sábanas. Ve á decir á Silvia que las suba y que venga á ayudarnos.

Bajó Eugenio, y halló á la Vauquer y á Silvia ocupadas en poner la mesa. A las primeras palabras de Rastignac, acereósele la viuda con ese ademán agridulee

del comerciante escamón que no quiere perder el dinero ni disgustar al parroquiano.

— Querido don Eugenio, contestó, usted sabe lo mismo que yo que el tío Goriot no tiene un céntimo. Dar ropa á un hombre que está á punto de estirar la pata, es tanto como perderla, tanto más cuanto que habrá que sacrificar una sábana que ha de servirle de sudario. De modo que usted me debe ya ciento cuarenta y cuatro francos, añada usted cuarenta de sábanas y de otras cosillas, la vela que Silvia va á dar á usted, y suma todo lo menos doscientos francos, cantidad que una pobre viuda como yo no se halla en el caso de perder. Vaya, sea usted justo, don Eugenio, que bastante llevo perdido en los cinco días que hace que nos entró en casa la mala suerte. De buena gana hubiera yo dado treinta francos de mi bolsillo para que ese pobre hombre se hubiera ido hace días como usted dijo. Están muy impresionados mis huéspedes. Me dan ganas de hacerle llevar al hospital. En fin, póngase usted en mi lugar. Ante todo mi casa, porque la casa es para mí la vida.

Eugenio subió aprisa á la habitación del tío Goriot.

— Bianchon, ¿y el dinero del reloj?

— Está sobre la mesa; quedan trescientos sesenta y tantos francos. De lo que me han dado he pagado lo que debíamos. Debajo está la papeleta del monte de piedad.

— Tome usted, señora, dijo Rastignac después de haber bajado con horror la escalera; cobre usted nuestras cuentas. El señor Goriot no continuará mucho empo en su casa de usted, y yo...

— Sí; el podre hombre saldrá con los pies por delante, dijo la patrona contando los doscientos francos con aire entre alegre y melancólico.

— Acabemos, dijo Rastignac.

— Silvia, dé usted la ropa y suba usted á ayudar á los señores.

— No se olvidará usted de Silvia, dijo la Vauquer al oído de Rastignac; hace dos noches que no se acuesta.

En cuanto hubo Eugenio vuelto las espaldas, la vieja corrió adonde estaba la cocinera.

— Coge las sábanas vueltas, número 7. Después de todo, demasiado buenas son para un muerto, díjole al oído.

Como ya había Eugenio subido algunos peldaños, no oyó estas palabras de la patrona.

— Vamos á mudarle de ropa blanca, dijo Bianchon. Tenle derecho.

Colocóle Eugenio á la cabecera para sostener al moribundo, al cual Bianchon quitó la camisa. El desdichado hizo un gesto como para retener alguna cosa sujeta contra su pecho, y lanzó gritos quejumbrosos é inarticulados, semejantes á los de un animal aquejado por un gran dolor.

— ¡Ah, ah! dijo Bianchon, quiere una cadenita de pelo y un medallón que le acabamos de quitar para aplicarle los cauterios. ¡Pobre hombre! Hay que devolvérsela. Está sobre la chimenea.

Fué Eugenio á coger una cadena hecha de cabellos rubios que probablemente habían pertenecido á la señora de Goriot. De un lado del medallón, leyó: *Anasta-*

sia, y del opuesto: *Delfina*. Imagen de su corazón, que sobre su corazón descansaba siempre. Los rizos que contenía eran tan finos que sin duda habían sido cortados en la primera infancia de sus hijas. Cuando el medallón tocó su pecho, lanzó un *han* prolongado que anunciaba una satisfacción que producía espanto. Era aquello una de las últimas manifestaciones de su sensibilidad, que parecía retirarse hacia el centro desconocido del que parten y al que se dirigen nuestras simpatías. Su rostro convulsado tomó una expresión de alegría enfermiza. Los dos estudiantes, sorprendidos por aquel terrible estallido de una fuerza de sentimiento que sobrevivía al pensamiento, dejaron caer cada uno lágrimas ardientes sobre el moribundo, que lanzó un grito de vivísimo placer.

— ¡Nasia! ¡Finita! dijo.

— Aún vive, murmuró Bianchon.

— ¿Y para qué? dijo Silvia.

— Para sufrir, contestó Rastignac.

Bianchon, después de hacer hecho á su compañero señal de imitarle, se arrodilló para pasar los brazos bajo las corvas del enfermo, mientras que del lado opuesto hacia otro tanto Rastignac para colocar sus manos debajo de la espalda. Engañado, sin duda, por las lágrimas, Goriot hizo un último esfuerzo para extender las manos, encontró de ambos lados de la cama las cabezas de los estudiantes, las asió violentamente por el cabello, y se le oyó murmurar:

— ¡Ay, ángeles míos!

Dos palabras, dos susurros acentuados por el alma que voló con ellos.

— ¡Pobrecillo! dijo Silvia enternecida por aquella exclamación en la que se manifestó un sentimiento supremo que la más horrible, la más involuntaria de las mentiras exaltaba una postrera vez.

El último suspiro de aquel padre había sido un suspiro de alegría, expresión de toda su vida, pues era una equivocación.

El tío Goriot fué piadosamente depositado en su camastro. Desde aquel momento, su fisonomía conservó la dolorosa huella del combate que reñían la muerte y la vida en una máquina que carecía ya de esa especie de conciencia cerebral de la que resulta la sensación del placer y del dolor en el ser humano. La destrucción total no era ya más que cuestión de tiempo.

— Así quedará algunas horas, y morirá casi sin que nos demos cuenta de ello; ni siquiera tendrá el estertor de la agonía. Todo el cerebro debe de estar invadido por completo.

En aquel momento oyóse en la escalera el paso de una mujer joven que respiraba anhelosamente.

— Llega demasiado tarde, dijo Rastignac.

No era Delfina, sino Teresa, su doncella.

— Señorito Eugenio, dijo, ha ocurrido un gran disgusto entre los señores, á causa del dinero que mi pobre señorita pedía para su padre. Se ha desmayado, ha venido el médico y ha tenido que sangrarla. « Mi papá se muere; quiero ver á mi papá », gritaba. En fin, unos gritos que partían el alma...

— Basta, Teresa. Aunque viniera, ya no sería necesaria su presencia. El señor Goriot ha perdido el conocimiento.

— ¡Pobre señor! ¿Pero tan mal está?

— Puesto que ya no me necesitan ustedes, me voy á preparar la comida, pues son las cuatro y media, dijo Silvia, que, al salir, estuvo á punto de tropezar en la escalera con la condesa de Restaud.

¡Grave y terrible aparición la de la condesa! Miró al lecho de muerte, mal iluminado por una sola vela, y rompió en llanto viendo el rostro de su padre, donde aún palpitan los últimos estrechamientos de la vida.

Bianchon se retiró por discreción.

— ¡No me he escapado á tiempo! dijo la condesa á Rastignac.

El estudiante hizo con la cabeza un signo afirmativo impregnado de tristeza. La condesa tomó la mano de su padre y la besó.

— ¡Perdóname, padre mío! Decías que mi vez te sacaría de la tumba; pues bien, vuelve un momento á la vida para bendecir á tu arrepentida hija. Óyeme. ¡Esto es horrible! Tu bendición es ya la única que en este mundo puedo ya recibir. Todo el mundo me odia; tú solo me quieres. Hasta mis hijos me odiarán. Llévame contigo; yo te amaré y te cuidaré... Ya no me oye... estoy loca...

Cayó de rodillas y quedóse contemplando aquellos restos con expresión delirante.

— Nada falta á mi desdicha, dijo mirando á Eugenio. El señor Trailles ha desaparecido dejando aquí deudas enormes, y he sabido que me engañaba. Mi marido no me perdonará nunca, y le he dejado dueño de mi fortuna. He perdido todas mis ilusiones.

¡Ay! ¡por quién he sido infiel al solo corazón — y señaló á su padre — que me adoraba! Le he renegado, le he rechazado, le he causado mil males, ¡infame de mí!

— Él lo sabía, dijo Rastignac.

En esto abrió los ojos el tío Goriot, mas por efecto de una convulsión. El gesto que revelaba la esperanza de la condesa no fué menos horrible que el del moribundo.

— ¿Sería posible que me oyese? gritó Anastasia. ¡No! añadió, sentándose junto al lecho.

Como manifestara la señora de Restaud deseos de velar á su padre, Eugenio bajó para tomar algún alimento.

Los huéspedes estaban reunidos.

— Según parece, dijo el pintor, tenemos allá arriba un pequeño muertorama.

— Carlos, contestó Eugenio, me parece que debía usted guardar sus bromas para motivos menos lúgubres.

— ¿De modo que ya no podremos divertirnos aquí? dijo el pintor. Y además nuestras bromas no tienen importancia, puesto que, según dice Bianchon, ese buen hombre ha perdido ya el conocimiento.

— En ese caso, añadió el empleado del Museo, ha muerto como ha vivido.

— ¡Mi padre ha muerto! gritó la condesa.

Silvia, Rastignac y Bianchon acudieron al oír aquel grito terrible, y hallaron á la condesa desmayada. Después de haberla hecho volver en sí, transportáronla al coche de punto que la esperaba. Eugenio la confió

á las cuidados de Teresa, disponiendo que la condujeran á casa de la señora de Nucingen.

— En efecto, ya terminó, dijo Bianchon al bajar.

— Señores, á la mesa, que la sopa se enfría, gritó la patrona.

Los dos estudiantes sentáronse juntos.

— ¿Qué hacemos ahora? preguntó Eugenio á Bianchon.

— Pues le he cerrado los ojos y colocado decentemente. Cuando el médico de la alcaldía extienda el certificado de la defunción que iremos á declarar, envolveremos el cadáver en una sábana y se le enterrará. ¿Qué querías hacer de él?

— Ya no olerá el pan así, dijo un huésped imitando el gesto habitual del viejo.

— ¡Voto á tal! señores, exclamó el pasante, dejemos de una vez al tío Goriot, que ya nos le han servido ustedes con todas las salsas. Uno de los privilegios de esta ilustre ciudad de París es que puede uno nacer, vivir y morir en ella sin que á nadie le importe nada. Aprovechemos pues las ventajas de la civilización. Hoy ha habido sesenta defunciones. ¿Van ustedes acaso á llorar sobre las hecatombes parisienses? Si el tío Goriot ha reventado, mejor para él. Los que le tenían cariño que vayan á velarle, pero que dejen comer en paz á los demás.

— Si, sí, dijo la viuda, mejor para él si ha muerto. Parece ser que el pobre hombre tenía muchos disgustos en vida.

Tal fué la oración fúnebre de aquel ser que para Eugenio representaba la Paternidad.

Enredóse la conversación entre los quince huéspedes, como de costumbre. Cuando Eugenio y Bianchon hubieron comido, sintiéronse como helados de terror al ruido de los tenedores y cucharas, la risa de los comensales, las diversas expresiones de aquellos rostros hambrones é indiferentes, y su tranquilidad. Ambos salieron en busca de un sacerdote que velase, orando durante la noche junto al muerto. Fueles menester medir los últimos deberes que al tío Goriot había que tributar, con el poco dinero de que disponían.

A las nueve de la noche colocaron el cuerpo sobre unas tablas atadas, entre dos velas, en aquella desmantelada habitación, y junto á él vino á sentarse el sacerdote.

Antes de acostarse, Rastignac, después de haber pedido informes al eclesiástico acerca del precio de cuanto había que hacer para el entierro, escribió dos palabras al barón de Nucingen y al conde de Restaud, rogándoles que enviasen personas que en nombre de ellos costearan el entierro. Envió las cartas por conducto de Cristóbal y se durmió rendido de cansancio.

Al día siguiente tuvieron que ir Bianchon y Rastignac á dar parte de la defunción, cuyo certificado quedó extendido á las doce. Dos horas después, aun no había enviado dinero alguno ninguno de los dos yernos, ni nadie se había presentado en su nombre, viéndose obligado Rastignac á pagar al sacerdote. Habiendo pedido Silvia diez francos por amortajar al pobre hombre y coser la sábana que le servía de su-